

Periódico Criollo -
- - Ilustrado
Único en su género

EL FOGON

Aparece los días -
- - 7, 15, 22 y 30
- - de cada mes -

La Informativa Uruguaya

E la única y primera Institución

en su género en el país que tiene Agentes especiales
informantes en todas las Capitales,

Pueblos y Villas de la República

INFORMES COMERCIALES RÁPIDOS

249-AVENIDA RONDEAU-249

TELÉFONOS:

LAS DOS COMPAÑÍAS



J. Trigoyen y Cía.

Contratistas para avisos de "El Fogón" y "La Guía Ganadera"

PIDAN EN TODOS LOS ALMACENES

ACEITE Y

VINOS

Marca



REGISTRADA

SON LOS
MEJORES

LEON

UNICOS

IMPORTADORES

R. C. F.

ROQUE CAZAUX Y H^{OS}

MONTEVIDEO

EL FOGÓN

PERIÓDICO CRIOLLO ILUSTRADO—ÚNICO EN SU GÉNERO

FUNDADO EL AÑO 1893

DIRECTOR:

ALCIDES DE-MARIA

ADMINISTRADOR:

ENRIQUE DE-MARIA

COLABORADORES LITERARIOS

Dr. Elías Regules, Dr. Martiniano Leguizamón, Ricardo Palma, Francisco Plisano, Guzmán Papini y Zás, Enrique de María, Dr. Manuel Cacheiro, Srta. Dorila Castell de Orsco, Vicente Rossi, Antonio D. Lussich, Stas. Aura De-Maria, Ernestina Méndez Reissig, Mercedes Pujato Crespo, Antonina de Medina y Jacinta Rey Azopardo, José A. y Trelles Juan S. Scayola, Ramón Marín, Godefredo Dalreaux, Luis Martínez Marcos, Fedro Erasmo Callorá, Sergio Berrúdez, Anibal Durán, Grosmán Moratorio, Leandro C. Arrarte Victoria y Domingo V. Lombardi.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN LA REPÚBLICA		EN LA ARGENTINA		m/n
Por mes	\$ 0,50	Por mes	\$ 1,00	
Por año	5,00	Por año	10,00	
Número suelto	0,14	Número suelto	0,25	

Recuerdos de antaño

MITIA

EL CURSI

Yo he tenido una tía, lo que no tiene nada de particular; porque ¿quién no tiene, ó no ha tenido alguna?

Pero mi tía no era como todas las tías. La mía fué una tía rara, única «sui géneris».

Era alta y muy delgada. Usaba un peinado, que sólo á ella le he visto; el que consistía en dejar sueltos y caídos sobre sus hombros muchos bucles como tirabuzones que formaban un marco extraño, á su cara larga y pálida, de neurótica. Sus grandes ojos tenían un fuego fascinador ó una dulzura infinita. No reía nunca ni lloraba jamás. ¡Se habían secado ya sus lágrimas cuando yo la conocí!

Casó muy joven con un general boliviano, el que fué asesinado cuando era presidente se Bolivia. Uno de esos motines tan frecuentes en nuestras repúblicas de «South América» sorprendió al desdichado general en los brazos de mi tía y allí fué asesinado.

Perseguida por los asesinos, emigró á Lima, donde se dedicó á la literatura, de lo que vivía quien sabe como.

Sus hijos murieron uno á uno y quedó sola.

Su religión, su culto, era el culto de sus hijos muertos. Todas las semanas, un día fijo, iba á la Necrópolis, donde yacen juntos, á llevarles flores y lágrimas.

La literatura daba poco dinero en esa época y para subvenir á sus pe-

queñas necesidades y á sus gustos artísticos enseñaba á leer en su casa á algunos niños de su relación. Allí aprendió á leer uno de los más notables poetas de América residente hoy en la República Argentina, y un hermano mío.

Era muy joven yo entonces y visitaba con frecuencia á mi tía, cuyo ta lento, bondad y gracia me atraían.

Además gustaba mi tía de que yo le leyera sus propias producciones, lo que satisfacía mi afición á la lectura y no faltaba de su casa para leer su colección de «La alborada», precioso periódico literario que se publicó en Lima, allá por 1875 ó 1876 y en el que colaboraban la flor y nata de los literatos de entonces, como: Numa Pompilio Llona, Carolina Freyre de Jaimes, Baronesa de Wilson, Juan de Arona, Ricardo Palma, Constantino Carras, Adriana Buendía, . . . mi tía y otros célebres literatos á los que algunas veces vi reunidos en su casa.

Su palabra fácil, castiza y armoniosa, su oportunidad y precisión para la réplica; su sal epigramática hacían que siempre se vieran reunidos en su salón poetas, literatos, caballeros y señoras de la mejor sociedad, que buscaban la suya con interés.

No obstante las tristezas de su alma lacerada, era graciosa y espiritual como una andaluza.

Una vez le pregunté el significado exacto de la palabra «cursi» que yo no conocía. Estaba en clase, con sus queridos alumnos que repasaban sus lecciones. Se volvió y haciendo señas á uno de ellos le indicó que se acercara. No recuerdo si era niño ó niña, pero estaba muy «paquete» -Vea me dijo, esa criatura está cubierta de sedas y cintas; su madre la arregla como á una muñeca y está orgullosa de ella, con razón, porque es la más bonita y la más elegante de mi colegio pero... es «cursi... por esto... y levantando un poco la pollerita de la pequeña, ó pequeño, me mostró que tenía en vez de ligas, las medias sugetas con... unas tiras de trapo!

En una de esas visitas semanales al cementerio, que por casualidad hizo en coche—que siempre las hacía á pié—el cochero tuvo cierta necesidad urgente que le obligaba á bajar del pescante; y como entonces los cocheros tenían mejor educación que ahora, y no se declaraban en huelga, ni sabían lo que eso es; creyó necesario pedir permiso á la señora, que por su raro atavío y su exótica fisonomía se imaginó que era extranjera.

Como el bueno del auriga conocía algunas palabras de francés, una extranjera no podía ser más que francesa y decidió dirigirle la palabra en esa lengua. Detuvo el tronco y con el sombrero en la mano dijo á mi tía: «Doné mua permison pur». ... y aquí se le acabaron sus conocimientos lingüísticos; y daba vueltas al sombrero entre las manos y se castigaba los tobillos con la fusta, sin poder terminar su frase. La turbación y quizá también la «necesidad» consobida hacían «sudar tinta» al infeliz auriga.

(1)—«Permison pur cuál?» interrogó mi tía siguiendo la broma.

—«Pur clou clu pi pis, respondió el automodonte con un ademán inconfundible.

* Mi tía se llamaba Juana Manuela Gorriti.

Tucumán, Mayo de 1906.

F. G. C.

(1) Esta ortografía francesa que uno puede pasar como lo que se escribe en «erlollo» ó en «scolliehe.» Como ni ella, ni él hablaban el francés, he escrito las palabras tal como las pronunciaban.

Chicotazos

Ojo! que está vivoreando mi rebenque lonjeador que, estando de buen humor, descuelgo de cuando en cuando,

y como que estoy pensando en cosas que risa dan, para calmar el afán que m'entra de dar chicote, como á son de camalote voy á dar un *rataplán*.

A los pavos que se creen que echándose para atrás ya no necesitan más para hacerse mozos bien, y embrollando á más de cien se dan un tono machazo:

Chicotazo.

Al poeta ó la poetiza que mide por cartabón, hace una diaria edición de macana-longaniza, y cree que con eso pisa en las cumbres del parnaso:

Chicotazo.

Al que se abolla el sombrero y le sube ó baja el ala, creyendo que así se iguala con el gaucho verdadero, cuando no hace el majadero mas que papel de payaso:

Chicotazo.

Y al gaucho que en la ciudad usa botín cajetilla y pantalón de bombilla en lugar de chiripá, porque no digan, quizá que es hombre de bola y lazo:

Chicotazo.

Al que por hablar de todo no deja nada en el buche, Y cuando halla quien lo escuche larga *latas* á su modo, y así le busca acomodo aunque sea á un macanazo:

Chicotazo.

Al que á modo de tornillo lleva entre el cuello el cogote, al que se arregla el bigote como guampas de novillo, y al que lleva con anillo la corbatita de raso:

Chicotazo.

A los que de esquina á esquina dragoneando se pasean y á las dragones *vichean* divirtiendo á la vecina que vé que por la sardina pasa las horas al raso:

Chicotazo.

Al que cuenta por los dedos las gentes á qu'echa todo por que vive de ese mod, metiendo chismes y enredos,

y más mugre que los ruedos
levanta el ruin á su paso:

Chicotazo.

Al adúlón sin pudor
que piensa con la barriga
y que con tal que consiga
bien provisto el comedor,
le brinda todo su amor
á cualquier despota ó guazo:

Chicotazo

Al agringao oriental
que por tener bicicleta
se ríe de la carreta
que sirvió tanto al rural,
y que aún le sirve aunque mal
cada vez que llega el caso:

Chicotazo

Al que diga que Rivera
fué el patricio fundador
de esta pátria, y quien mejor
defendió nuestra bandera,
(cosa que sabe cualquiera
que fué Artigas) por pambazo:

Chicotazo.

Al que con los sacos de hoy
que parecen sobretodos,
va remando con los codos
como diciendo: aquí voy;
y cuando marcha en comboy
va como que algo le duele:
A ese, dele!

Y al que con saco mortaja
lleva como distinción
remangado el pantalón
en días de sol que raja,
y con figura tan maja
parece un inglés mamao:
A ese; rebenque doblao.

EL VIEJO CALISTO.

Enero de 1907.

El beso

La flor entre sonrisas se despierta
Al beso de la luz del claro día,
Y tiembla con temblores de alegría
A los besos del sol, la cumbre yerba.

También se aviva la ilusión incierta
Si un beso mata la aflicción sombría,
Y al beso del amor que la extasia,
Surge á la vida la esperanza muerta.

Todo lo encierra un beso dicha y calma...
Y al sentir los rumores de su paso,
Vibra la esencia incógnita del alma...

Y si todo palpita en su embeleso.
¿Por qué no habremos de decir que acaso
El germen de la vida esté en un beso?

WARNES.

Tornaşol...

Un terciopelo en la garganta esbelta,
maligno duelo en la pupila franca,
y una marchita margarita blanca
sobre la dócil cabellera suelta.

En una como aurora de sonrisa
el lábio pasional, y bajo el lleno
descote cabalístico, precisa
sus dos granates el marfil del seno.

Tras de la cinta que aprisiona el talle,
como un aristocrático detalle,
el reloj miseroecópico, sencilla

la pulsera de dollars, y la falda
fraternizando con la media gualda
para contraste de la zapatilla.

M. MORENO ALBA.

Colombia.



Arroyo Pantanoso

Restos de una re-
presa del Pantano-
so, arroyo del De-
partamento de Mon-
tevideo que cruza
por el camino que
va al Cerro. Los mu-
chachos se entretie-
nen mirando correr
el agua sentados so-
bre las ruinas.

(Instantánea to-
mada para EL FOGÓN
por Dalmiro Felip-
pone (hijo).

El desprecio

Para Benito Villar Cutiellos, (alma de antaño)

Bajo la impresión dolorosa, aún viva y palpitante de aquella lucha fratricida que anegó en llanto los ojos de más de una madre desconsolada, de más de una esposa cariñosa y de más de una novia enamorada, Laureano volvía de nuevo al hogar paterno; reflejo fiel de sus años juveniles, donde viera crecer el árbol fecundo y lozano de su primero y único amor.

Todo había cambiado durante su prolongada ausencia. Ya á pocas leguas del lugar donde estuvo radicado el contingente encargado de la vigilancia de las fronteras contra los indios malconeros, empezó á notar el visible cambio operado en los campos que antes cruzara sin hallar obstáculos de ninguna especie, en las noches más oscuras y que ahora no reconociera estando en pleno día. Conocía el rumbo de la querencia, pero le hallaba completamente distinto. Alambrados lo cruzaban en todas direcciones y para colmo de su asombro, después de unos días de viaje, vió extensas zonas de tierra recién labradas donde ejambres de gaviotas, palomas y horneros revoloteaban en eterno giro, mientras otras buscaban entre la tierra, húmeda y removida, los insectos predilectos á sus ánsias gastronómicas.

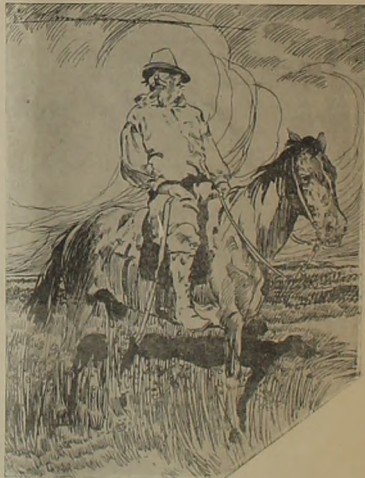
Vió norias, molinos á viento, trilladoras, rastras, arados y bretes.

Hasta los habitantes habían cambiado. Ya casi no veía criollos. Todos eran italianos que «pilaban» en cachimbos; rusos de pelo colorado y cara, color tomate reseco pálido; hebreos, polacos, etc.

Todos usaban vestimentas raras. Vergüenza le dió el traje que antes ostentara con orgullo y que era admirado por las chinas del pago, principalmente por Carmen, su preferida, á la que tantas veces viera en sueños dulces como el almibar, acostado en su pobrisimo lecho de jergas y cojinillos, ó en las largas horas de guardia, mientras con la vista fija en el horizonte

aguardaba el relevo. Sin embargo Laureano no se desalentó, es cierto que le dolía ver todas esas innovaciones exóticas, todo aquel cambio de cosas sagradas para él, pero le quedaba su familia, su rancho, y sobre todo su Carmen, su sueño, su anhelo, su todo.

Llegó. Cansado, abatido, fatigado por las peripecias de la larga travesía. Desmontó del caballo, lo ató al palenque y entró resuelto al hogar. Cuatro personas se presentaron á su vista. Sus



dos ancianos padres que lloraron de alegría al volver á verle; su Carmen que en vez de alegrarse por su llegada, palideció horriblemente, teniendo que volver el rostro para ocultar su emoción; y después el cuarto personaje, la solución de aquel enigma; uno de aquellos rusos que tanto llamaron su atención, con la particularidad de que aquel le pareció el más horrible de todos, pues tenía el rostro apergaminado, cruzado por hondas arrugas como surcos de arado; una barba larga é hirsuta,

descolorida por los rigores del fuego tropical. Era inmensamente grande, fuerte y vigoroso. Hablaba en gergoza imposible, mezcla de un dialecto ruso y de un castellano bochornoso; sin embargo parece que él y Carmen se habían comprendido. Además contaba con alguna fortuna. Unas hectáreas de tierra y todas las maquinarias desconocidas antes, indispensables ahora para las labores del campo.

Laureano comprendió al momento. Sintió impulsos de saltar al cuello de aquel intruso, de zamarrearlo, de triturarlo, de hacerlo pedazos para desquitar toda su rabia de hombre herido en lo más sensible de su dignidad; pero reflexionó luego. ¡Trabajarla! Se haría acreedor al cariño de Carmen á fuerza de sacrificios, de privaciones. Meditó nuevamente... ¿Qué iba á hacer él, pobre, sin recursos, sin los conocimientos necesarios para aquellas industrias completamente nuevas. Conocía, por intuición, los trabajos que conoce todo hombre de campo. ¡Nada más!

Cuando pasaron los primeros momentos de reacción, de alegría engañosa, de ira, de desesperación, Laureano buscó la soledad del campo para entregarse á sus hondas reflexiones, á sus tristes é interminables cavilaciones. ¡Que... demonios!—murmuraba—le habrá visto Carmen á ese bicho de mal agüero.

En estas meditaciones se hallaba cuando lo sorprendió la noche, consejera muchas veces del mortal en su infortunio. Era una de aquellas noches magestuosas, impregnadas de romántica poesía, en que el silencio y la calma reinantes incitan al bien ganado reposo, después del rudo trabajo en sementeras y trilladoras.

Lentamente se fué acercando á su casa, único resabio aun estable de la tradición de sus abuelos; único rancho genuinamente criollo de aquella cosmopolitizada región, con sus quinchas de adobe calcinadas por el sol de estío, por cuyas grietas asomaba la grama de verdeceda por el relente de la noche, casi totalmente cubiertas por tupidas enredaderas de campanillas azules y fragantes madre selvas y sus grandes sauces, que completaban la nota poética de aquel agreste paraje, que Laureano contempló largo rato. Quiso entrar pero retrocedió. Pasaba en aquel instante, por momentos de angustiosa indecisión. Percibió luego un rumor como de gente que se aproximaba á la casa. Escudriñó la oscuridad. Oyó voces confusas. La ira golpeó las puertas de su corazón, virgen

aún á las palpitaciones del odio. Tomó su caballo de la brida; se agazapó lo más que pudo; sacó el puñal de la cintura, lo colocó entre los dientes que chirriaban sobre el acero impulsados por una rabia de bestia salvaje, de felino selvático, mientras sus ojos brillaban como ascuas de fuego. Quedó un rato en actitud de fiera que espía á la presa; luego reaccionó bruscamente, guardó el arma, montó á caballo, le espoléó nerviosamente y partió á gran galope, murmurando: ¡Pa qué!... ¡gringos!... ¡No vale la pena! y tomó el rumbo de las tolderías, perdiéndose entre la oscuridad magestuosa de la noche.

ALFREDO SERRA.

Navidad de 1906.

Erótica

(Para Pedro De Maria, amistosamente).

Fui dichoso unos años. Cierta día,
Nubló el cielo sereno de mi mente
Traidora tempestad, que bruscamente
Llevó en sus alas la esperanza mía.

Al morir de los tiempos, todavía
Llega á mi su recuerdo febriciente,
Y allá en sus soledades mi alma siente
Del poema aquel lejana melodía....

Y cual pálido lirio que se inclina
Por los embates del dolor rendido,
En la enlutada sombra vespertina;

Mueré mi amor enfermo de inclemencia,
En las horas calladas de la ausencia...
Allá en la noche eterna del Olvido!...

JORGE AGUIRREZABALA (HIJO).

Diciembre, 1906.

«Árqueo»

Balance hagamos, año que te alejas!
En el haber del libro de mi vida
Hay que anotar otra ilusión perdida,
Mil horas de dolor, amargas quejas...

Y, en medio de esa sombra, ¿qué me dejas?
Mi remota esperanza suspendida
Entre brumas de ensueños, confundida
Con mi terca legión de ansias añejas!

Hay un déficit: bellas realidades;
Y otro asiento que hacer: precoces canas
Que recuento todas las mañanas...
Mas... si hermosas no son estas verdades,
¡Me las dora con tonos halagüeños
Un celestial *superavit* de sueños!

DANIEL E. LENGUAS.

Montevideo, 1906.

Cuentos sobre curanderos



Un tal Mr. Cabanes, en sus inserciones médicas para la historia, cuenta que un rey á fuerza de reir y hostezar se había desarticulado la mandíbula, no pudiendo los médicos encajonársela para volverle el uso de la palabra.

Entonces le indicaron al monarca que llamara á un curandero Fleurot, que probablemente lo conseguiría.

Completamente aldeano y desconocedor de las costumbres de la corte, la llegada de Fleurot causó una risotada general.

Maldito el caso que hizo el curandero par aquello, pasó sin saludar ni siquiera al rey, mirándole solamente de través al pasar y con cierta curiosidad.

Llegado al extremo de la sala volvió sobre sus pasos y seguía como indiferente al pasar de nuevo al lado del rey, cuando, de repente, le pegó un fuerte puñetazo en medio de la cara.

Todos los cortesanos se arrojaron indignados sobre el pobre Fleurot, habiendo gritado el rey:

—Imbécil.

Pero si gritó era por que ya podía hablar, como lo reconoció en seguida el soberano, diciendo:

—Estoy curado!

Pues cosa por el estilo me contaba un día mi compadre Vicente, mientras tomábamos mate, y yo me reía del cuento, no solamente porque era gracioso, sino porque lo suponía una broma de las que acostumbraba dar á los amigos.

Ahora le vuelvo el crédito, desde que mi compadre por más bromista que sea puede decir tanta verdad como Mr. Cabanes, y les relato el cuento para que vean si son ó no parecidos.

Segun decía mi compadre, había en una estancia de esta república un hacendado rico que se encontraba inutilizado á causa de un reumatismo.

Como al enfermo no le faltaba dinero, iban y venían los médicos, que le cobraban sin escrúpulos pero sin que lograsen curarlo.

En tales circunstancias resolvieron llamar á un negro curandero que tenía mentas por aquellos parajes. Vió el moreno al enfermo, que estaba como tullido, lo observó con detención maliciando la causa de su estado; y pasando despues á la cocina á conferenciar con la familia, manifestó con la mayor naturalidad que aquello no era nada, y que se animaba á curarlo si hacían lo que él mandase.

Quedó así convenido, y entonces dijo el moreno: «Lo que tengo que hacer es darle una buena *friega*, que algo le ha de doler; déjenme solo con él, y no abran la puerta aunque lo oigan gritar, hasta que yo les avise.

Entró el moreno á la pieza; se arremangó la camisa como para darle mayor libertad á los movimientos, y luego dijo al enfermo con tono imperativo:

—¡Güeno, ché, á ver si estirás esos brazos!

—¿Y quien te ha dao confianza pa que me tratés de ché; ó se te hace que somos iguales?

—Déjate de rezongar, y obedecé, por que de nó te vi á sacudir unos guantones.

—¿Que decís, negro trompeta!

—Lo que oís!... Y se le acercó á la cama como en actitud amenazante.

—¡Negro pícaro, canalla! vociferaba el enfermo, tironeando furioso las mantas del curandero, y este entre tanto lo iba sacando con maña de la cama, de suerte que cuando la familia abrió la puerta alarmada por los gritos, se encontró con el enfermo de pié, trenzado con el negro que trataba de esquivar los puñetazos, mientras decía jadeante y satisfecho:

«El patron me ha moqueteao á su gusto, pero le he dao con la cura porque la enfermá dá no era más que puro miedo, y con otro par de *friegas* queda güeno.»

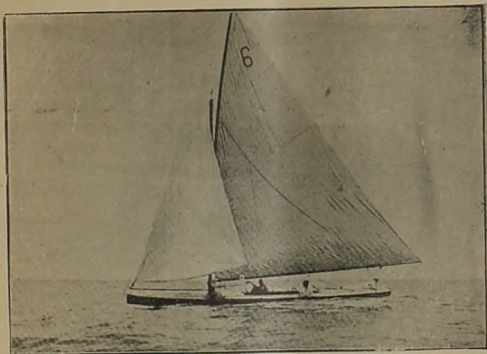
Todos saltaron la risa, incluso el del reumatismo, que á los pocos días quedó bueno, y desde entonces se conoció al negro en aquel pago por el curandero de los moquetes.

Valga la palabra de mi compadre.

EL VIEJO CALISTO.

Enero de 1907.

En el muelle de pescadores



A las dos de la tarde, con un calor sofocante y un sol rabioso, capaz de convertir á la tierra en horno y á la gente en panes, empezaron á aparecer las primeras barcas, moviéndose lentamente, con las velas lacias, como agobiadas ellas también, por aquella atmósfera de fuego. En la punta del muelle, soportando valientemente los rayos del sol, quince ó veinte sujetos, pescadores todos, acostumbrados á reirse del calor y del frío, hacían precipitadamente los últimos preparativos para recibir á sus compañeros, en tanto que allá, un poco más lejos, guardados en las casillas de madera, hormigueaban los compradores de pescado,—calabreses en su mayoría, que hablaban á gritos, gesticulando y accionando rápidamente. Un enjambre de muchachos descalzos y grasientos, chillones y zafados, saltaba como monos por entre las vigas de los muelles disputándose el derecho de colarse primero en las barcas.

—Ché, Lunfal allá viene la buceta del *Gangoso*; affijate cuanto pescao traí, —gritaba uno,

—Y mismo, chél y el *Pelau* parece que viene contento, hoy.

—En cambio, antiyer si l'hubieras palpitau... traiba un estrilo di-órdagol. Porque le pedí una franciscana que traiba, que me había prometido por un mandau, me quiso fajar un castañaso. Dicen que no agarró mas que palometas y viboras allá por la Barral

Mientras los pescadores se entregaban á sus faenas y los muchachos hacían de las suyas, corriendo por todos lados, los vendedores ambulantes metían la mercancía por las narices á los curiosos y revendedores.

—Naranja, mañana, pera!

—Dorano, hico, frotilla!

Y un italiano grandote, de pera mestofélica, acurrucado en un rincón, soplabá furiosamente el fuego para que se asaran pronto ocho ó diez chorizos colocados en un aparato de dudosa limpieza—hecho con una lata de kerosene—sin cuidarse de las moscas, miles de moscas que lo envolvían como en una red, pero sin perderle ojo á los muchachos, que afectando un aire de candorosa inocencia, le formaban rueda esperando una coyuntura para pegarle un zarpazo á la humeante mercancía.

La barca del *Gangoso* atracó, por fin, y los compañeros que habían quedado en tierra, aún á riesgo de darse un baño ganaron la punta del muelle, armados de largos ganchos, dispuestos á recibir los centenares de colleras de corbinas, lenguados, criollas y palometas amontonadas en departamentos especiales de la embarcación.

Desde el muelle uno pegó el grito:

—Que tal; como anduvo eso?

—Bien, no hay que quejarse; hemos tenido una buena diada. Venían bandadas de pescaos angurrientos y como

azonzados que ganaban los trasmallos ó se ensartaban en las redes buscando la ceba.

—Para qué lado fueron anoche?

—Para la Barra, para el Oeste; los que han ganado para esos lados del Este, para el Banco Inglés, no han encontrado más que palometas y bagres y de llapa han llevado paliza. El tuerto traí la bucala cargada de bagres.

—Entonces han rejuntao toda tu familia, gritó un botija de canillas al aire, que hacía equilibrios en la punta de una viga.

Empezó la descarga del pescado, una cantidad enorme de pescado de todas clases, ensartados por la boca en grupos de cinco ó seis, según el tamaño. Antes de llevarlo al depósito se les daba un baño en las aguas turbias, quizás demasiado turbias, de la Bahía. A veces se desprendía una corbina ó una palometa, mal ensartada, y arrastrada por la corriente se alejaba rápidamente aguas afuera; pero los muchachos conocedores de esos accidentes, se lanzaban al agua, medio vestidos, y nadando desesperadamente trataban de darle caza; el que lograba atraparla volvía al muelle llevando el pescado en triunfo. La presa corresponde de derecho al vencedor en la carrera, un verdadero sport que se repite diez, veinte veces al día, con gran alegría de los curiosos que holgazanean por los muelles, buscando en que pasar el rato, unos, ó tratando de conseguir alguna sarta de corbinas ó palometas, otros. Estos últimos, pobres diablos patentados conocidos de todos los pescadores ó patronos de barca, prestan á veces pequeños servicios en cambio de alguna mala palometa flaca y raquí tca, con la que se dan un banquete asándola en cualquier rincón.

Infelices atormentados, se pasan toda la vida en los muelles; allí comen, allí duermen, tendidos en el santo suelo, y allí suelen pescar también alguna borrachera feroz—de esas «de no poder ni lamberse»—que concluye, por regla general, con un baño forzoso en aquellas aguas negras y espesas, donde remolinean y se agrupan residuos de toda clase, pertenecientes á todas las especies y variedades... pero ¡a más á las promosas.

Tras la barca del gangoso fueron atracando al muelle otras y otras, cargadas todas de miles de pescados, que se iban llevando á los grandes galpones, donde se efectúan las transacciones comerciales. Y hechas las compras, después de mil regateos y alegaciones, los revendedores abandonan el muelle, agobiados por el peso de

las colleras, sin alientos, casi, para pregonar la mercancía.

Y esos diablos son los que se llevan la mejor tajada; sin exponer el pellejo, venden á cuatro lo que han comprado á dos, llorando siempre porque los tiempos están malos!

Los pescadores y peones se quedan allí arreglando precipitadamente redes y trasmallos, ó limpiando el pescado, hasta que, por fin, terminadas las faenas y sin quitarse los *trajes de brega*, ganan los almacenes de los alrededores y chupan una tras otra media docena de copas de *Jarabe de la Habana*, eficaz restaurador de las fuerzas agotadas en una faena ruda y peligrosa.

Por lo demás muy buena gente, los pescadores, gente alegre y generosa que si gana un real exponiendo la vida á cada rato, sabe gastárselo en honesta francachela, dándole gusto á la garganta y al estómago. Y si comen de lo bueno, les gusta beber de lo fino y no hay temor de que los almaceneros les puedan hacer pasar sapo por brótola.

Ellos conocen la bebida tan bien como el pescado, y el que los clave ha de tener muchos caracuces!

AGAPITO QUINGOCES.

Flor del pago

(Para El Fogón).

Fué la humilde campesina
que despierta y tentadora
Columpiábase atrevida
cual capullo en el rosal,
La mimáda por el gauchó,
La trigueña arrobadora
Que su gracia derrochaba
Vestidita de percal.

Flor del pago la llamaban,
Del palacio de totora
Fué la vida y el encanto,
fué la luz primaveral...
¡Ay! la envidia despertaba,
¡si era tan encantadora
Con sus lindos ojos negros;
con sus labios de coral!

Fué la reina de las fiestas,
Todos sus admiradores
Ponderando su belleza
deshojaron como flores
Las estrofas inspiradas
de sus decimas de amor;

Y ella supo retribuirles
en sentidas vidalitas
Y adornar con azucenas
y lozanas margaritas
La guitarra, compañera
del insigne payador

FELIPE FLORES (hijo).

A plectones

(Entre don Prudencio Barbas, estanciero del Perdido, hombre de mucha fortuna y gáucbo de corte antiguo; su señora, Rosa Suárez, un vejstorio ridiculo que delira por las cosas del gran tono, y siempre ha sido una *guisada* orillera educada en conventillo; Macaria Barbas y Suarez, hija de ambos, y un *coquito* de treinta años, que no piensa mas que en pescar un marido. Viene á formar el enarteto, Eleuterio J. Chivo, futuro de la muchacha, un millonario... fundido, un *plie* de última moda, un mozo conoicidísimo... (entre todos sus parientes,) un hombre de muchas libras... (pues fué empleado de un librero,) en resumen, un *gran tipo*, que busca con el casorio hacer un *guiso* magnífico!...)



Prud.—Mire, Eluterio, ya sabe lo que yo siempre le he dicho: al otro día del casorio nos alzamos pa el Perdido.

Eleu.—Si Vd. se empeña...

Rosa.— Prudencio, vos siempre serás un guiso!

Maca.—Pero, mamá...

Rosa.— ¿Vos te créis que Eluterio, un mozo fino, con un porvenir brillante, pueda hacer el sacrificio de abandonar la suidá pa vivir entre novillos?

Eleu.—Pero, si el empeño es grande...

Maca.—El va por mí...

Prud.— Mire, amigo, usté sabe que soy fraaco: yo al pan, pan, y al vino, vino; usté es un hombre pudiente, yo tamien soy hombre rico, y si lo que sobra es plata, ¿pa que demonios, yo digo, es preciso andar acá abombaos con el bullicio?

Eleu.—Si Vd. se empeña, nos vamos...

Rosa.—¡Pero, Eluterio, por Cristo, no le haga caso á Prudencio! El campo es muy aburrido: allá no hay fiestas de gala, no hay Ramirez, no hay Pocitos, no hay tiatros, no hay *autom. bles*, ni eléctricos, ni casinos, ni Clús Uruguay...

Prud.— ¡Parátel... Allá no hay eso que has dicho; pero tampoco hay diareros que tomen á uno de misto... y si mañana se enyuntan m'hija Macaria con Chivo, dengún diario va á decir: ¡casorio cuento del tío! ¡matrimonio con *chanchaje*!

¡la alta comedia del siglo... ¡el hombre A, la dama X!...

Rosa.—¡Cuando se habla habrá motivos! De estos náides puede hablar: m'hija es rica y él es rico.

Eleu.— ¡Eso es de damas alegres... y de hombres fieras, amigo!...

Prud.— ¡Eso es que aquí se desuella hasta al mesmo Jesucristo!... Yo me quiero dir pa el campo, y con sobrados motivos...

Eleu.—Ya que usté empeñado sigue... por mi parte no resisto, pues habiendo tanto empeño... (desempeñaré los míos... que estarán para perderse!...)

Prud.—Pues nos vamos al Perdido!

Rosa.—Bien; casense... y á la estancia! ¡verán que clavo, m'hijitos!...

Maca.—¿Y clavo porqué, mamá?

Eleu.—Clavo nó!... (será tornillo!...)

Maca.—Pues á casarnos y al campo.

Eleu.—Señor Barbas, su capricho se cumplirá cuando guste.

Prud.—Mañana—

Maca.— Por mí, ahora mismo...

Rosa.—Valiente!... ¿tanto te apura el no llevar mi apellido?...

Maca.—¡Cómo!

Rosa.—... Al casarte, serás...

Maca.—¡Macaria Barbas de Chivo!...

Maca.—¡¡Jesús!!

Eleu.— ¡Y es cierto!...

Prud.— Ya ven como hay que jür del peligro!... En cuanto sepa un diarero el caso, estamos lucidos!... ¡nos agarra pa el *chanchaje*!... ¡nos deja como nuevitos!... ¡á mi me afeitó... hasta el nombre! ¡y á usté lo llama... *Cabrito*!

Campo y sol

(Al Dr. Martiniano Leguizamón, escritor brillante.)

Aun los veo... los tengo en la memoria
 En las raíces de un ombú sentados,
 Una tarde muy bella y apacible
 En la bendita inmensidad del campo,
 Con un sol que se hunde en el misterio
 Llevándose al partir todo lo grato.
 Uno es un jóven delicado, el otro
 Es un soberbio muchachón del campo,
 Curtido por el sol, ágil, dispuesto,
 De faz serena y de nervudos brazos,
 De esos que el tiempo y el trabajo firme
 Llega a encorvar al pie de los arados,
 Hombres sencillos, de maneras rudas,
 Que solo saben roturar los campos,
 Podar las viñas, ordeñar las vacas
 Y llenarnos de trigo los mercados.

El uno dáme pena de tan triste;
 El otro dáme gozo de tan guapo;
 Estampa de la muerte es el primero
 El segundo de que, decir es vano.
 Que por opuestas sendas, han venido
 Se adivina al instante de mirarlos:
 A la choza de paja el uno evoca,
 El otro á la ciudad con sus palacios,
 ¿Quién allí reuniódes?... nadie sabe...
 Es un misterio aun tan dulce caso!

¡Oh como rie á carcajadas limpia
 El excelente muchachón del campo
 Ofreciendo á la vista la hermosura
 De sus dientes limpiísimos y blancos!
 En sus tranquilos ojos resplandece
 La belleza inmortal de lo más casto,
 Azules ojos, de mirar sereno
 Como las aguas de la fuente claros.
 Es rubio, cual la espiga de oro llena,
 Su rojizo cabello descuidado;
 Y tiene con un arte nunca visto
 Sobre la nuca colocado el gacho.
 Al mirarle despiertan en el alma,
 Llenos de sol, los salmos del trabajo,
 Que vérselo no puede sin pintarse
 En la mente una choza y un sembrado.
 Blanda alfombra de trébol florecido
 Oculta sus menudos pies descalzos,
 Y para oír mejor lo que le cuentan
 Las soberbias espaldas ha encorvado
 Apoyando los codos en los muslos
 Y los carrillos en sus grandes manos.

Ah! quien pudiera oír lo que le dice
 El jóven de ciudad que le habla bajo,
 Su voz es al murmurio parecida
 Del aura cuando pasa por los llanos.
 Tiene la frente muerta, y su semblante
 Es una hoja que cayó de un árbol!
 Le sombrean la faz hondas ojeras
 Que recojío talvez allá en el fango
 Do sin mirar atrás ni hacia adelante
 Se desangró con gozo hasta el desmayol
 Cual Magdala, la hermosa arrepentida,
 El cabello á los hombros le cae largo
 Y bullen con ardor aún cien pasiones
 En la hinchazón de sus lascivos labios.
 Da pena contemplarle... es un escombrol
 La juventud así... ¡llena de espantol!
 Aun no le asoma el bozo, aun no se pinta
 En su semblante un vigoroso rasgo.

¡Una niña parece que se hubiera
 En traje de varón acomodadol
 Es un enfermo más... es una sombra,
 Un corazón que se quedó sin llanto
 Una gran esperanza que se ha ido
 Consumiendo de Nana entre los brazos
 Porque si nada más... porque es costumbre
 Y aseguran impuros que es muy grato
 En las horas mas bellas de la vida
 Cuando todo sonrie al pecho humano,
 Rendirse á la merced de las rameras
 Como el lebrél ante los pies del amor!
 Es un enfermo más... es una sombra
 Una gran brillazón que se ha apagadol...
 Un anémico más que se levanta
 Y ara que el sol lo bese y lo haga sano,
 Y con su voz de tísico balbucia,
 Bajo el ombú tradicional, llorando,
 Quien sabe que temores de otros días
 Que conmueven al bueno del muchacho.
 Que le escucha, cual suele por la aurora
 Escuchar al zorzal embelesado,
 Con la boca entre-abierta, con los ojos
 Por inmenso placer casi velados,
 Así como los niños bendecidos
 Escuchan placenteros dormitando
 Cuando la madre como el ave canta
 En lo más bello del hogar amadol!

Ya regresa la oveja baladora
 A su corral de piques abrigadol
 Y escondierdo su cresta bajo el ala
 Falto de brios se recoje el gallo.
 La pesada carreta ya descansa
 Sobre la tierra su robusto brazo
 Y gozozos y libres ya los bueyes
 Pacen tranquilos el ameno pradol.
 Entona por doquier su cantinela
 El grillo que se agita entre los pastos,
 Y enjúgase la frente al pie del surco
 De puro gozo el Labrador cantando;
 Ya el ave temerosa y azorada
 Con las alas en cruz cruzó el espacio
 Cual si fuera una flecha, y fué á clavarse
 En su nidito azul como en un blanco;
 En graciosa espiral ya sube al cielo
 El humo que se escapa de los ranchos...
 Y se llenan de luces las ventanas
 Las benditas ventanas que en los campos
 Son al pobre viajero entre las sombras
 Lo que al naufrago triste son los faros...
 Ya las robustas vacas de gran ubre
 En el limpio galpón se han amparadol,
 Para verter mañana con la aurora
 Su tesoro de leche en hondos tarros...
 Apagó su balido la ternera,
 Y su relincho el potro alborotadol,
 Naturaleza toda, recogióse
 Obedeciendo á Dios, bajo los astros!
 Puesto de pié, fijando en lo infinito
 Donde el sol se durmió, sus ojos claros,
 Luego un segundo que pasara abortol
 Al jóven de ciudad, dijo el muchacho:
 Grande amigo—seguidme que es la hora
 De saborear el pan gustoso y blanco,
 La choza está muy cerca... el pueblo lejos
 Caminar entre sombras sino es malo
 Es grave para aquellos que no tienen
 El camino en la palma de la mano...

Alguien dice además en mis adentros
Que el dejarte partir... es un pecado
Que aunque nos veamos por la vez primera
Me parece os estimo desde años!
En lo profundo de su ser movido
El jóven de ciudad le dió un abrazo
Y con la voz ahogada, tembloroso
Nada pudo decir ahogado en llanto...
Fué pátetica y grande aquella excena
Tan grande como el alma del muchacho!
Y partiendo los dos para la choza
Oculta entre las pitas y los alamos
Por amplisima senda tapizada
De magnífico trébol aromado
Cubierto de triunfales florecillas
Gozozas de morir bajo sus pasos...
Bajo la planta encallecida y sana
Del hijo de la paz y del trabajo
Como ninguno bello y admirable,
Todo alegría, decidir y guapo!

LEANDRO ARRARTE VICTORIA.

(Concluirá)

Oriental

Arido y triste és el desierto
El sol lo abrasa, lo deja yerto.
Pero de vida tiene un destello
Que, en honda calma,
Con su sudario de blanca arena
Tiene la fuente, tiene el camello,
Tiene el oasis, tiene la palma.
Mi vida es triste como el desierto
Para su lucha me siento muerto
Ya tengo blancos barba y cabello,
Sin paz ni calma.
Con las angústias que dá la pena
Tengo las ansias en que me estrello,
Tengo la muerte dentro del alma!
Arabe errante, sin rumbo cierto,
Siempre en vigilia, siempre despierto,
De eterna «razzia» salvo al deguello;

Mi canto salma
De Aláh la gloria, que el mundo llena;
Tengo un caballo de gran resuello
Tengo una daga bajo su jalma.

Mi barco tengo yo, del desierto
En que navega piloto experto,
Agil y fuerte es mi camello

Que al aire empalma
Su largo cuello, como una antena;
Tengo un almohada de espeso vello,
Tengo un abrigo bajo mi thalma.

A la esperanza mi pecho abierto,
En el oasis de mi desierto,
De esbelto talle, de niveo cuello,

Gallarda palma,
Aun me consuela mi nazarena;
Tengo una virgen de áureo cabello,
Tengo sus besos, tengo su alma!

ADRIANO M. AGUIAR.

Enero, 1907.

Armonía lunar

... Y las notas vibraron. De la luna,
que desceña sus flotantes velos,
un rayo entró á la estancia, como una
indiscreta mirada de los cielos.

Al oro de los cuadros dió fulgores,
brilló en las colgaduras de brocado,
hizo en la sombra resaltar las flores,
y cayó... como un beso en el teclado.

Y el rayo de la luna y las ignotas
cadencias se fundieron en fragancia.
Surgian, como luz, las claras notas,
y la luz... era música en la estancia.

Y en la calma, á los sueños oportuna,
el corazón absorto no sabia
si era cadencia el rayo de la luna,
ó era rayo de luna la armonía.



PARQUE URBANO

Los niños se
entretienen á
la sombra de
los árboles de
la orilla del
arroyito que
cruza nuestro
moderno pa-
seo, levantan
do montoncitos
de arena y
juntando piedritas
mientras los vijilla
la encargada
de cuidarlos.

☞ (Instantánea
tomada para EL
Fogón por Dal
miro Felippone
(hijo).

Prudencia no es cobardía

Güeno muchachos, lis voy hacer el gusto, pero dejemen pegarle un beso á la cariñosa pa después contarles de un tirón el relato é una historia que parece cuento por los embrollos y enriedos que tiene... ¡que se yó!

La cosa es qu'en ese entonces yo trabajaba é pión en la estancia «Los



Asilos» lo mesmo que Luciano Oribe, un mocetón que cualesquiera que lo via quedaba prendao d'el por su trato delicao, y una sonrisita que ya tenia aguerenciada en la boca como hombre que nunca ha peludiao en los pantalos é la vida; á más era bien plantao

y de mejor presencia, como semos tuitos los que salimos d'entre los terrenos é las costas del Uruguay.

En esta mesma estancia y á cargo de un puesto también trabajaba un mozo que por lo encopetao le llamaban Trueno, siendo su nombre Ramón Flores; un endevido d'esos que no entienden más razones que las que salen de ellos y después resultan ser unos chicharras nomás; pa roncador era pior que bagre é laguna y más compadrón que tacho torcido é botas patrias.

Las relaciones d'ese pata é catre con Luciano, andaban muy filosas por causa de una mujer, que á fin de cuentas vine á saber que á los dos les patió el nido é las ilusiones que habian formao d'ella. Pero nuera Luciano el queden tro el pecho llevaba almacenada la rabia, sino Flores, que ansina lo demostraba en los tiros é doble sinifcao que diban como patadas pal lao é Luciano, pero éste ¡ni medio! con la indiferencia li hacia ensillar más fiero el picaso al bellaco é Flores.

Toda la pionada créia que Luciano era una mandria, un mulita, cuando vían á Trueno toriarlo d'esa manera, y decían que lo que hacia era cuerpíarle al gulto é puro flojo; pero yo no pensaba ansina, conocta muy bien la altura del corazón é Luciano y por eso presentia que, algo muy súcio diba á pasar á fuerza é tanto tironiar, porque'l cristiano no domina la pacencia sinó, hasta por ahí namás.

Atención charabones! otro beso á la cariñosa porque'l caño se me está quedando como garguero é loro, y áura en la junción aparezco yo también, metiendo la pata en el enriedo é los dos varones...

Güeno ¡ni que hablar! habia que buscar la ocasión é acollararlos en el yugo é la amistad ó que se patiaran de una santa vez.

Esa ocasión me cuadró en el velo rio e la finada Agustina; (que el Señor la tenga á su lao). Allí estaban los dos; Luciano dentro del rancho acompañando á los parientes é la pobre finaita, y Flores en la cocina yerbiando con unos cuantos que aura no me ricuerdo quienes eran.—Aqui Agapito, te viene todo á pedir é boca, me dije pa mi mesmo; y por eso le grité á Luciano que saliero juera, obe deciéndome sobre el pacho; entonces me le puse á palabreriar lindo y parejo, diciéndote que dejara á un lao los resentimientos con Flores, qu'era feo que dos varones cuasi de una mesma laya anduvieran ansina, achuriándose con las miradas.—Pero viejo —me retrucó—yo no soy el que lleva

la contra, cuando él quiera nomás le brindo mi amistad como compañero, más no puedo hacer. Lindo le contesté, esto es lo q'guardaba é vos, aura andá nomás pa dentro que lo demás corre por mi cuenta. Deay enderecé pa la cocina ande estaba Flores y con el mesmo bordoneo que le hablé á Luciano lo hice con él.

Los indios qu'estaban en la rueda al comprender la güena intención é mi palabrerío recibieron con satisfacción la idea, menos él, que se me descartó con una tormenta é palabras que jueron como puñaladas pa el lao é Luciano... ¡Caracho! se me nublaron los ojos é rabia al verlo tan ranfañoso, y si no hubiera sido qu'estábamos en ese momento en un lugar sagrado, le hubiera dimostrao quien es Agapito Amores.

Jué al ñudo! por emparejarlos los distancié más en el campo é la amistad, pero nuera mía la culpa, sinó é Flores, que no tiene ni un pucho é nobleza en el alma... ¡Canejo! nuerao ansina los varones é mis tiempos; serían más rudos eso sí, pero agradecidos ¿saben?; Flores no se paece ni esto á esos criollos é lay, es una calandracá é porra... degenerao...!

Güeno, pasaron dos estaciones después d'esto sin novedá hasta que una noche cuando menos lo aguaitábamos vino á pasar lo que yo presentá é tiempo atrás.

Estábamos tuita la pionada é la estancia en el galpón grande, ansina como estamos aura regolviéndo con la conversación las cenizas del pasao, cuando en lo mejor é los recuerdos, sentimos el ladrido é los cuscos que atropellan pa el lao é la tranquera; ¿quien será á esta hora? nos preguntá bamos con la mirada, hasta que Luciano se levantó del banco pa dir á ver quien era; pero en eso ¡barbaridad! al llegar á la puerta del galpón se topa con el mesmo Ramón Flores.

¡Santa Tomasal! yo no sé si jué queriendo ó adrede que Flores al entrar se pechó con Luciano, y este qu'esta ba cargao é paciencia como ñube preñada é agua, reventó al empuje del pechazo.

—Diga! ¿está avichao é los ojos? —le dijo Luciano á Flores—No tan avichao como le paece —le retrucó Trueno mientras que de hito en hito li echaba una mirada é flera.—Mire amigo—le replicó Luciano—usté anda buscando tres pie- al gato y pué ¿que encuentre ¿sabe—A la guasca encojedora muy poca té yo li tengo—contestó el roncaador Flores—y váyase defendiendo so-

tréta é los diablos que li voy á caer sin lástima, comprende?

No se cruzaron más palabras; á un mesmo tiempo se enroscaron el pucho en la zurda mientras que con la derecha sacaron á luz los envenaos.

¡Comenzó el baile! Luciano aguaitaba sereno á Flores, pero éste que estaba hecho un mandinga, empezó á gambetier á lo nandú por el galpón. —En esta no te me escapás hijo é mala madrina—relozó con rabia Flores—y... ¡zás!... ¡zís!... ¡zás! á Luciano le llovian los golpes como por encanto, pero éste que nuera lerdo, ansina lo dimostraba en el modo é pararlos; golvieron los golpes... ¡zás!... ¡zís!... ¡zás!... cuando en eso, ¡adiós patria! vemos que la daga é Flores va á parar al diablo y que el muy palangana se queda boquiando solo; entonces... Tocaron polca! Luciano agarró mi rebenque qu'estaba colgao en un clavo y empezó á caerle á Flores como en lonja ajena.

Tomá más—le decía—tomá guapo, y entre guascazo y guascazo me lo jué llevando pa juera.

Nosotros no pudimos sujetar la risotada, cuando vimos salir á Flores como gato revolcao en las cenizas; y no pude menos que gritarle desde la puerta del galpón, «ché Trueno, andate á ver á la curandera pa que te friega unguento en la tronera, decile que te mando yó», pero ¡que puchal ya estaba lejos el roncaador sotreta.

Pasó la tormenta y golvimos otra vez como antes á hacer rueda en el fogón, y entónces yo les hice ver á algunos de los presentes que creían que Luciano era un mandría, que aprendiesen pa otra vez y tuviesen por entendido que prudencia no es cobardía.

ALBERTO NOVIÓN.

Buenos Aires.

Peligro del tacón alto

Si las mujeres persisten en el uso del tacón alto, tendrán indefectiblemente que degenerar en seres enfermizos, solo capaces de sentarse como estatuas y de recrear la vista.

El peso del cuerpo debe cargar sobre el arco del pie. Es una ley de la naturaleza: para eso esta ha provisto al pie de un arco admirable, perfecto en todo su mecanismo. Y cuando se lleva tacón alto el peso del cuerpo recae sobre los dedos y planta del pie, que no están hechos para soportar tal carga. Los ligamentos que unen los dedos se estiran así bajo la indebida presión, y transmiten la tensión á los nervios. Por

supuesto, los nervios se resienten, y principia el mal.

La naturaleza tiene arreglada sus cosas de manera que el peso del cuerpo se distribuya en línea recta, los huesos de la pierna soportan este peso y los músculos soportan la tensión. Los tacones altos arrojan toda la parte del cuerpo de la cintura abajo fuera de equilibrio. La línea recta dispuesta por la naturaleza se pierde del todo.

Los músculos de la pierna tratan de amoldarse al nuevo orden de cosas y en consecuencia se doblan.

Los ejercicios atléticos se hacen prácticamente imposibles y el andar como se debiera, desaparece en absoluto.

El zapato que conviene al hombre, lo mismo que á la mujer, es el de tacones planos ó casi planos, de ancho suficiente y con suelas que proyecten como es debido.

Con calzado correcto, el andar ó el subir escaleras resulta un placer, ó puede resultar, pero con los tacones altos, á la moda, todo eso es un tormento.

¡Cuidado con los tacones altos!



El mozo de este retrato es un pintor enterriano, talentoso campechano, franco y ameno en su trato; por la cual Calisto el Nato, con quien ha sido entusiasta, se los presenta gozoso á los criollos, como muestra, al machucarle la diestra diciéndole ¡proprie mozo!

En el campo

(A mi prima María.—Eternalmente).

El sol su disco encendido,
En el ocaso escondía;
Leda la brisa gemía
Sobre el campo adormecido;
En un ranchito florido
Que el crepúsculo besaba
Dulce guitarra vibraba
Con arpeggio de zorzal
Y una mujer oriental
Estas décimas cantaba:

«Soy la blanca margarita
Que en mi idolatrada tierra,
perfuma al llano y la sierra
Con su fragancia esquisita;
Soy la canción que palpita
Con ritmo sencillo y vago;
La que olvidando el halago
De las mundanas grandezas,
Guarda todas sus ternezas
Para su hogar y su pago.

«Soy la criolla que cultiva
En el vergel de su alma,
De las virtudes, la palma;
Del ideal, la siempreviva.
Soy la que conserva, viva
Su tradición de nobleza;
Que no envidia la belleza
Ni lo agenas atajos;
La que si le dan enojos
Devuelve, en pago, terneza!

«La que se rindió al amor
Que idealiza la existencia
Amando con la vehemencia
De su inocente candor;
La que solo halló dolor
En pago de su desvelo,
La que le demanda al cielo
Envuelta entre negros tules
Aquellos sueños azules
De su juvenil anhelo!

«Como es mi nombre? ¡Marí! ¡
¿Cual es mi edad? Veinte años
Y ya los crueles engaños
Han muerto en mí, la alegría!
Mi pobre alma se atavía
Con flores de sentimiento;
¡Mi canción es el lamento,
Que brota de la congoja
Por qué con lágrimas moja
Sus alas el pensamiento!»
La noche, un denso crespón
Extendió sobre el paisaje
Y del sonoro cordaje
Se extinguió la vibración.
El eco de la canción,
Por el céfiro impelido,
Doliente como el gemido
De tristísimo salterio,
Fué á perderse en el misterio
Del verde campo dormido!

SOLANO RAMÍREZ NOBLIA.

A Rosa...

...Y lei tu canción, y su armonía
hasta el alma hegóme...

I

Cual la violeta que, entre la hierba,
Suave perfume siempre oculto,
Que luego el aura murmuradora
Sus leves alas
Con sus efluvios embalsamó:

Asi en mi libro—donde campeon
Versos henchidos de inspiración—
Hallé, escondida entre sus páginas,
La esencia pura de tu canción.

Ella remeda de otras edades
Las dulces horas de un tierno amor;
Hay los efluvios de un alma amante,
Alma de niña
Martirizada por el dolor.

II

Ella me inspira como las auras
que á veces suaves, con sus arrullos
mi frente pálida van á besar;
Como esas fuentes de linfa pura
que nos seducen con sus murmullos
y hacen á veces sueños forjar.

III

Reina vencida de los ensueños,
Maga hechicera que yo suñé
Sumida en áureos, dulces beleños,
Bajo la influencia del padecer:

No otra vez vuelvas con los acentos
Del alma-lira del corazón,
Si es que no quieres que yo naufrague
Entre las ondas de una ilusión.

No otra vez vuelvas con tus arrullos,
¡órtola errante que a solas vas
Buscando un monte, buscando un nido,
Dó esté la ansiada felicidad.

No otra vez vuelvas, si es que no quieres
que entre las ondas de una ilusión
Falto de ensueños y de esperanza
Triste, naufrague mi corazón!...

TOMÁS J. CABALLERO.

Bernal—F. C. 78—Enero de 1907.

¡Gran casa de ventas
á precios de remate!

ZABALA, 155

Sucesión Montautti, sin sucursal

Juegos de dormitorios, salas, comedores etc. de cuanto estilo y clase pueda haber y haber habido; lámparas, alfombras, camineros, espejos, cuadros, escritorios, saliveras y artículos sin fin.

A PRECIO DE REMATE

155 — ZABALA — 155

No confundirse - - -

Sucesión MONTAUTTI sin sucursal

¡¡ OJO MUCHO OJO !!

Visiten la casa y se convencerán de la eficacia de sus artículos á PRECIOS DE REMATE

ZABALA, 155

Cuchillitería y Afilador de Pedro Fernández. En este establecimiento se afila toda clase de útiles pertenecientes al ramo y especialmente instrumentos de cirugía y navajas de afeitar, con perfección.

Hay también un surtido completo de cuchillos, navajas, tijeras, etc., todo de las principales fábricas de Europa.—Calle Uruguay 21.—Montevideo.



Queréis la Salud??



Aperitivo higiénico reconstituyente de la sangre.

Recetado por todos los primeros facultativos.

A los señores suscriptores y Agentes de EL FOGON

IMPORTANTÍSIMO

Para la primera quincena del mes de Marzo, se sorteará una GRAN RIFA gratuita y exclusiva para los Suscriptores al periódico, entre cuyos premios habrá un lujoso par de estribos de plata confeccionados en la GRAN JOYERÍA RESTAÑO, y espléndidos anillos, prendedores y alfileres de corbata de última novedad, cuyos modelos publicamos. — Más adelante, más detalles.



Gran novedad!



Rifa gratuita!

Toda persona que se suscriba al periódico antes del 5 de Febrero de 1907, tendrá derecho, gratuitamente, á dos boletos para este gran sorteo.

Jardin y Floreria «La Camelia» De HERCOLE BONINI. — Calle Rivera número 399 a entre Patria y Victoria, (frente al Convento de las Dominicas). — Casa especial en plantas y flores. Se venden semillas de todas clases. — Se atiende cualquier pedido. — Precios módicos. — Se adornan salones, teatros, etc., con sencillez y elegancia. Trabajo garantido. — Montevideo.

Almacén del Sol de Oro De JOSE MOLINARI. — Surtido general en comestibles, café, té, vinos finos, licores, lca, cristalería etc. Precios sin competencia. — Calle Paysandú 425 a, esquina Gaboto 62 y 64. — Montevideo.

Peluquería de París de Infanzon y Echeverry. — Calle Uruguay n.º 27. — Surtido completo de artículos para hombre y mercería en general. — Servicio esmerado de salón.

Al Progreso Salón de lustrar calzado, de Luis Marsiglia. Se hacen composturas de todas clases. Especialidad en medias. Calle Mercedes 130, casi esq. Mercedes. — Montevideo.

Mercadito «La Constancia» de Claudio Badano Especialidad en carnes de cerdo, cordero y carnero; aves, verduras, etc. etc. Reparto á domicilio. Rivera 380b esq. Lepanto. — Montevideo.

Se vende un campo! en el departamento de Tacuarembó — 1662 cuadas, todo alambrado de ley, con un gran potrero de invernada, tierras negras, un manchon que otro arenoso, todo pasto fino, montes; tiene tres islas que dan suficiente para el consumo. — Por datos: recurrir á «La Informativa Uruguaya», Rondeau 249 — Teléfono: Las dos Compañías.